

Las horas mortales se sucedieron las unas á las otras hasta el instante en que el sol, cayendo sobre el horizonte lanzó como un último adiós, largos rayos, agudos como dardos de fuego. Después de reflejar durante algunos momentos los últimos fulgores del sol moribundo, las aguas del Ostuta se oscurecieron y en su espejo ya no se miraron sino las miriadas de estrellas que tachonaban la bóveda celeste.

CAPÍTULO IV

DONDE DON CORNELIO CREE HABER PERDIDO LA CABEZA

Dos cosas deben preguntarse, si se ha seguido con algún interés la peligrosa odisea de don Cornelio : ante todo, si su cabeza, al decir de Gaspacho, se hallaba suspendida en la puerta de la hacienda del Valle : y luego, si no era la de algún homónimo suyo que se hubiera enganchado después de su partida del campo de Morelos ante Huajapam.

Lo que vamos á decir responderá pronto á estas dos preguntas.

Si no hemos notado su presencia en las orillas del Ostuta, con la de don Rafael, la de don Mariano y de su hija, es porque, como partió algunas horas después que dichos personajes, no podía haber hecho el mismo camino que ellos en menos tiempo.

En la tarde de aquel mismo día en que se verificaron las aventuras que hemos narrado del coronel, casi á la misma hora en que éste se refugiaba entre los bambúes, el ex-estudiante de Teología acompañado de Costal y de Clara llegaba por distinto camino y se detenía á corta distancia de la hacienda del Valle.

Mientras los caballos desensillados pacían la hierba, Costal se alejó durante algunos momentos para averiguar

lo que pasaba en los alrededores. Clara, por su parte, asaba en carbones de cañas de maíz aún verdes, algunos pedazos de cecina que había sacado de sus alforjas de viaje.

El capitán daba al negro algunas recomendaciones á las que parecía asignar grande importancia.

— Oiga, Clara — le decía — estamos encargados de una misión que exige la mayor prudencia; no hablo de la comisión muy peligrosa de llevar al capitán Arroyo las amenazas del general; me refiero á la de penetrar á la ciudad de Oaxaca. Allí los españoles hacen tanto caso de la cabeza de un insurgente, como de una de esas cañas que Ud. está quemando. Deje Ud. pues la enojosa costumbre de llamarme con el nombre de Lantejas que hasta hoy, sólo desgracias me ha traído. Estoy proscrito con el nombre de Lantejas y en lo de adelante seré para Ud. y para Costal don Lucas Alacuesta. Este nombre es el de mi madre y bien vale lo que otro.

— Basta, capitán, no olvidaré sus órdenes — dijo Clara — aunque tenga la cabeza bajo el hacha del verdugo.

— Cuento con ello. Ahora, mientras viene Costal, déme algunos pedazos de cecina que me parece que ya está asada, porque me muero de hambre.

— Y yo también — agregó el negro.

Clara extendió á guisa de mantel la *coraza* (1) de su silla y colocó allí envueltos en hojas de maíz los pedazos de cecina que debía comer don Cornelio.

Hecho eso, el negro se sentó con las piernas cruzadas junto á las brasas medio consumidas y con una prisa que debía ser fatal para la porción de Costal, se puso á cortar con su cuchillo lo que quedaba de carne.

— Pero si Ud. sigue así — le dijo el capitán — va á quedarse en ayunas Costal.

— Costal no comerá nada sino hasta mañana — dijo gravemente Clara.

(1) Sudadero que se coloca bajo la silla.

— ¡Yo lo creo! — replicó don Cornelio. — ¡Ya no encontrará nada!

— Es que Ud. no sabe, señor capitán: hoy es el tercer día después del solsticio de verano y la luna debe hacer llena esta noche. He aquí por qué no comerá nada Costal: por prepararse por el ayuno, para hablar con sus dioses.

— ¡Desgraciado loco que cree en las fábulas del paganismo de Costal! — exclamó Lantejas.

— He aprendido á creer — replicó el negro. — El Dios de los cristianos habita el cielo; y los de Costal el lago de Ostuta. Tlaloc, el dios de las montañas, reside en la cumbre del Monapostiac; y Matlacuezc, su esposa, la diosa de las aguas, se baña en el lago que rodea á la montaña encantada. La luna llena, después del solsticio de verano, es el período lunar en que ambos se aparecen á aquel de los descendientes de los caciques de Tehuan-tepec que haya pasado de los cincuenta años; y esta noche iremos Costal y yo á evocarlos.

Cuando el capitán iba á abrir la boca para conducir al negro hacia ideas más racionales, el Indio zapoteca llegó cerca de él.

— ¡Y bien, Costal! — le preguntó. — ¿Son exactos nuestros datos? ¿Está Arroyo realmente acampado en las orillas del Ostuta?

— Es verdad — respondió el Indio. — Un peón conocido mío y de mi casta, me ha dicho que Bocardo y él interceptan el vado del río. Así, esta tarde podrá Ud. transmitirles su mensaje. En seguida, Ud. nos dará permiso á Clara y á mí para pasar la noche en las orillas del lago sagrado.

— ¡Hum! ¿Están cerca? — dijo el capitán con cierto disgusto que le hizo bruscamente suspender la comida.

— Más sedientos que nunca, el uno de sangre, el otro de pillaje — replicó Costal con un tono poco á propósito para tranquilizar á don Cornelio.

— ¡Al diablo la misión! — se dijo en el fondo de su alma. Luego, exclamó en voz alta: Es entonces hacia el vado del Ostuta adonde debemos marchar.

— Cuando guste Vuestra Señoría.

— Tenemos tiempo. Quiero descansar aquí algunas horas. ¿Y qué ha sabido Ud. de su antiguo amo don Mariano Silva?

— Desde hace tiempo dejó la hacienda de las Palmas para retirarse á Oaxaca. En cuanto á la del Valle, la ocupa siempre una guarnición española.

— ¡Así pues, por todos lados estamos rodeados de enemigos! — exclamó el capitán.

— Arroyo y Bocardo no podrían ser enemigos de un oficial portador de despachos del gran Morelos — replicó Costal. Además, Vuestra Señoría, Clara y yo somos hombres á quienes los bandidos no intimidan.

— Convengo en ello... ciertamente... Sin embargo, preferiría... ¡Ah! ¿quién es ese jinete que va al galope de este lado con la carabina en la mano?

— Si se juzga del amo por el criado y si éste se halla al servicio de alguno, ese alguno debe de ser de los más grandes pillos de que se sepa.

Y diciendo estas palabras, Costal alargaba la mano hacia la vieja carabina que ya conocemos y que no hacía fuego sino una vez de cinco.

El jinete por el cual se juzgaba tan desfavorablemente al amo, no era otro, en efecto, que el Gaspacho, á quien hemos visto llevar á Arroyo las noticias de la hacienda del Valle.

El pillastre avanzó como en tierra conquistada y dirigiéndose al capitán, quien, en su cualidad de blanco le pareció el único hombre digno de consideración de los tres:

— ¡Diga pues, el amigo! — le dijo sin dignarse llevar la mano al sombrero.

— ¡El amigo! — exclamó Costal á quien la fisonomía del Gaspacho tuvo el don de disgustarle aún más que su familiaridad. — Un capitán del ejército de Morelos, no es el amigo de un hombre como Ud.

— ¿Qué dice este indio bruto? — replicó el Gaspacho con gesto de profundo desprecio.

Los ojos de Costal inflamados por cólera, amenazaban al Gaspacho con un terrible castigo, cuando don Cornelio se interpuso vivamente entre ambos.

— ¿Qué quiere Ud.? — preguntó al soldado de Arroyo.

— Saber — respondió el jinete — para hacer un servicio á mi amigo Perico que bate la llanura por todos lados, si no ha visto por alguna parte á ese pícaro de Juan el Zapote acompañado de su compadre Gaspar.

— Yo no he visto ni al Zapote ni á su compadre.

— Entonces Perico que los dejó pasar en lugar de detenerlos, pasará él mismo un mal cuarto de hora cuando comparezca ante el capitán Arroyo.

— ¡Ah! ¿Ud. está á su servicio?

— Tengo ese honor.

— Entonces Ud. me dirá, se lo ruego, en dónde lo hallaré.

— ¿Quién sabe? En las orillas del vado del Ostuta, á menos que no esté en la hacienda de San Carlos, por ejemplo.

— ¿No pertenece esa hacienda á los españoles? objetó el capitán.

— Entonces, tal vez me equivoco — respondió irónicamente el Gaspacho. — En todo caso, si Ud. quiere ver al capitán, lo que me extraña, Ud. debe pasar siempre el vado, salvo lo que le pueda suceder. ¡Toma! Ud. tiene un hermosísimo dolmán bordado. Está un poco grande para Ud. y á mí me caería muy bien.

Y diciendo estas palabras, picó al caballo con ambas espuelas y volvió á tomar el galope, dejando al capitán bajo la desagradable impresión de sus respuestas ambiguas y de la admiración por su dolmán.

— Tengo la idea de que hemos caído mal por aquí, mi querido Costal — le dijo. Ud. ve el caso que este pillo hace de un oficial de Morelos; y sin duda su amo no lo tratará mejor. En seguida, para llegar al vado, forzosamente debemos pasar á vista de la hacienda del Valle. Seamos prudentes y esperemos la noche para ponernos en camino.

— La prudencia jamás está reñida con el valor — respondió sentenciosamente Costal. — Haremos lo que á Ud. le plazca y avanzaremos con precaución para no caer ni entre las manos de los españoles, lo que me haría perder un día único en toda mi vida, ni entre las de esos merodeadores de Arroyo, sin poder quizá llegar hasta él. Fíese Ud. en mí para conducirlo : Ud. sabe que yo nunca lo dejo mucho tiempo en los malos pasos.

— ¡Ud. es mi providencia! — exclamó el capitán con expansión — siempre me complaceré en reconocerlo.

— ¡Bien, bien! No vale la pena de hablar de lo que he hecho por Ud. Mientras esperamos, haremos muy bien en echar un sueño hasta la noche, por lo menos Clara y yo, pues no cerraremos los ojos una vez caída la tarde. Soy de su misma opinión — agregó Clara.

Como el sol estaba aún muy caluroso, el negro y el indio se tendieron á algunos pasos de distancia de un riachuelo, bajo la escasa sombra de una palmera; y con ese desprecio del peligro que da la vida de aventuras, no tardaron en dormirse profundamente. Clara soñó que cogía á la sirena de los cabellos torcidos y que le revelaba el lugar de inagotables placeres de perlas.

En cuanto al capitán don Cornelio Lantejas, la inquietud del provenir le tuvo largo tiempo despierto. Sin embargo logró al fin imitar á sus dos compañeros de camino, aunque con algún trabajo.

Como nada tenemos que hacer con ellos hasta el momento en que vuelvan á ponerse en marcha, los dejaremos prepararse por el sueño á los terribles acontecimientos de la noche próxima para volver hacia don Mariano y su hija.

Tras largos y violentos combates entre su amor y su orgullo y después de esfuerzos desesperados por arrancar de su corazón un amor que en él reinaba como soberano, resolvió Gertrudis enviar á don Rafael el mensaje al cual había jurado obedecer sin vacilar, aun en el caso de que tuviese levantada la mano para herir á su más mortal enemigo.

Se ha visto ya que su partida de Oaxaca con don Mariano, había seguido de cerca á la del mensajero.

Cuando cedió al más ardiente de los votos que jamás formara, el de ver una vez aún á don Rafael, fué con el fin de oír de sus labios que no la amaba ya; pero estaba lejos de temer que semejante declaración partiera de su amante. Así pues, su primer impulso fué de viva alegría. Le parecía renacer á la vida; se asombraba de haber luchado tanto tiempo contra ella misma y, llena de confianza, no dudaba que don Rafael sentiría tanta dicha al recibir su mensaje, como la que ella experimentaba enviándolo. He aquí por qué, para asegurarse de su fidelidad, hizo concebir en Gaspar la esperanza de que el coronel Tres Villas le recompensaría magníficamente. Dadas las críticas circunstancias en que se vió Gaspar, fué idea feliz la que ella tuvo de hacer brillar á sus ojos la esperanza de una fuerte recompensa, pues si aquel mensaje llegaba á su destino, no sería sino gracias á tan poderoso motivo.

Sin embargo, la alegría de Gertrudis fué de corta duración: bien pronto la duda y la desconfianza reemplazaron la certidumbre. Había indudablemente entre ella y don Rafael, una mala inteligencia nacida de circunstancias imperiosas. Ya no la amaba: esas pruebas tardías de recuerdo no eran sino un juguete de la casualidad; y si el coronel la había desterrado de su corazón, era porque amaba á otra.

Con el corazón agobiado por estas dolorosas suposiciones y devorado por los celos, la joven criolla se había puesto en camino. Los peligros de toda clase que debía correr su mensajero á través de un país desgarrado por la guerra civil y la incertidumbre de su regreso, aumentaban sus tormentos. La pena la consumía; su corazón se martirizaba y sus ojos apagados y sus pálidas mejillas, delataban las torturas horribles de que era víctima.

Don Mariano veía con dolor inmenso cómo iba extinguiéndose gradualmente la vida de su hija. Reconociendo la inutilidad de los esfuerzos que hasta entonces

había hecho para desterrar aquel amor, presentando á don Rafael tan desleal á su amada como á su patria, trataba ahora de atenuar lo que había dicho; y de severo acusador como antes fuera, se había convertido en benévolo defensor del coronel. La nobleza y la franqueza de su carácter debían alejar acerca del coronel, toda suposición de perfidia y su silencio se explicaba sencillamente por un cúmulo de diversas circunstancias independientes de su voluntad y por inconvenientes que los acontecimientos políticos habían hecho insuperables.

Gertrudis sonreía melancólicamente á las palabras de su padre: pero su corazón no quedaba menos ulcerado.

Así pasaron los tres primeros días de viaje de Oaxaca hasta las orillas del Ostuta, sin aventuras, es verdad; pero no sin que rumores alarmantes recogidos en el camino, de las rapiñas y de los asesinatos del sanguinario Arroyo, llenasen de inquietud el espíritu de los viajeros.

En la tarde del tercer día de viaje, habían llegado al punto en que los dejamos acampados en el bosque, no lejos del vado del Ostuta.

Durante la noche, inquieto don Mariano á causa de ciertos confusos rumores que oía en el bosque y presintiendo algún peligro en el paso del río, había despachado á uno de sus hombres, cuya experiencia y cuyo valor le eran conocidos, á explorar las orillas del Ostuta.

Dos horas después regresó el criado llevando la noticia de que en uno de los extremos del vado, brillaban numerosas hogueras. Eran, según vagamente les informaran durante el trayecto, los fuegos del campo de Arroyo y de sus bandidos.

Agregaba el criado que creía que al regresar alguien lo había seguido. Por motivo de estos informes, se apresuraron á apagar los fuegos que habían encendido y se dispusieron precipitadamente á ponerse en camino, como hemos dicho ya.

El criado de don Mariano aseguraba que bajando por el río y dando vuelta al lago que formaba, se encontraría otro vado que atravesarían para llegar á la hacienda de

San Carlos por otro camino. Bien que con los rodeos que era preciso hacer, tuvieran que caminar un día más, había que resignarse para no caer entre las manos de los bandidos de Arroyo.

Fué pues hacia el lago de Ostuta adonde se dirigieron los viajeros. La jornada fué larga y penosa. La delicadeza de Gertrudis, las precauciones que era necesario tomar á causa del mal estado del camino en que las mulas de la litera podían tenerse apenas con su carga, todo contribuía á retardar la marcha de los fugitivos.

Eran cerca de las diez de la noche, cuando los viajeros llegaron al fin á un lugar en que el lago extendió bajo sus ojos su manto de agua sombría y lúgubre.

Entre todos los lugares temibles ó venerados á que el Indio rendía culto en otros tiempos, no había ninguno que hubiese sido objeto de más viejas tradiciones, que el lago de Ostuta y el monte que se eleva en medio de sus aguas. Es el Monapostiac ó el cerro encantado, cuyo lúgubre y singular aspecto, llena, sin quererlo, de asombro al espectador.

No ha llegado aún el momento de describir con todos sus detalles aquel extraño lugar, adonde condujera á don Mariano Silva y á su hija, la necesidad. Nos limitaremos á decir que los bosques que rodeaban al lago, prestaron á los viajeros impenetrable asilo de donde no había que pensar en partir antes de que rayase el día para encontrar el vado cuya existencia había señalado el criado.

Ahora regresaremos al lugar en que el capitán don Cornelio, Costal y el negro acaban su siesta, ya para caer el sol.

Reinaba aún el corto crepúsculo de los trópicos cuando los tres compañeros de camino montaron á caballo para llegar al vado del río. Pero lo más difícil era atravesar frente á la hacienda del Valle sin que los centinelas los advirtiesen.

— Si nos presentamos de noche — dijo Costal — excitemos más sospechas que de día. Clara irá adelante.

Si lo detiene algún centinela, pedirá permiso para pasar adelante para un comerciante y su criado. Si no distingue á nadie, continuaremos nuestro camino sin más ceremonia.

Esté consejo fué del gusto del capitán; y cuando un cuarto de hora después se hallaron frente á la recta y larga alameda de fresnos y de súchiles á cuya extremidad se levantaba la hacienda, Costal y don Cornelio se detuvieron, aunque en rigor pudieran dispensarse de ello, pues estaba completamente desierta.

Sin embargo, para evitarse toda sorpresa y sobre todo cualquier sospecha, el negro entró en la alameda.

Todo estaba allí silencioso y desierto en la apariencia como el día en que, dos años antes, llegara allí don Rafael á encontrarse con la desolación y la muerte. Mas apenas el negro había caminado unos cien pasos, cuando se presentó un soldado tras las almenas de la muralla. Clara marchó recto hacia la puerta.

La distancia impedía oír las palabras; pero don Cornelio y Costal pudieron ver que el soldado mostraba al negro cierto objeto que la lejanía les hizo invisible.

Aquel objeto, sin embargo, parecía excitar hasta el último grado la hilaridad de Clara; y el soldado desapareció sin duda después de otorgar el permiso solicitado, cuando el negro continuaba aún entregado á su extravagante alegría. Eso pareció de feliz augurio al capitán; sin embargo, vaciló en avanzar, cuando el negro hizo señales de que llegara.

Los dos compañeros se apresuraron á reunirse á Clara, quien en medio de su inextinguible risa, les enseñaba con el dedo el objeto que en tan alto grado la excitaba.

No tardó el capitán en verlo y creyó que se equivocaba.

En efecto: el espectáculo que presenciaban sus ojos, no alcanzaba á justificar las alegres carcajadas del negro.

En lugar de las cabezas de lobos ó de otros animales dañinos que á veces se cuelgan en las puertas de las haciendas, había tres cabezas humanas no momificadas

que parecían haberse cortado recientemente. Creyendo don Cornelio que el negro no las había visto, se las enseñó con un gesto de horror.

Clara rió entonces con más gana.

— ¡Miserable! — exclamó don Cornelio. — ¿Han hecho eso entonces para excitar la alegría?

— ¡Caramba! — respondió éste sin desconcertarse — no se reiría menos.

En seguida agregó en voz baja, de manera que no lo oyese el centinela español:

— Esa cabeza es la suya.

— ¡Mi cabeza! — replicó el ex-estudiante palideciendo.

Pero como á pesar de todo, la sentía aún sobre sus hombros, creyó que el negro deliraba.

— Me lo acaban de decir, al menos — replicó Clara con una pernada. — Vea, si sabe Ud. leer.

El capitán pudo leer en efecto, á pesar de la obscuridad creciente, una inscripción grosera escrita al rededor de una de las cabezas: *Esta es la cabeza del insurgente Lantejas.*

Se recordará que el Gaspacho había noticiado á Arroyo que uno de sus tenientes, del mismo nombre que el capitán, había sido muerto y que su cabeza se hallaba expuesta á los viajeros.

Don Cornelio desvió la mirada del horroroso espectáculo de la cabeza de su homónimo; y maldiciendo de nuevo su malaventurado nombre de Lantejas, se apresuró á alejarse. Sin embargo, á medida que aumentaba la distancia entre la hacienda y él, su terror disminuía; y concluyó por sonreírse melancólicamente de aquel triste homónimo, mientras Clara decía que nada era más divertido.

La noche se hizo; y el profundo silencio en medio del cual caminaban los viajeros, unido á la perspectiva de encontrarse dentro de menos de una hora cara á cara con el sanguinario Arroyo, llenaba el espíritu del capitán de los más negros presentimientos.

Sin el temor de que Costal sospechara los terrores que lo agitaban, de buena gana habría dejado para el siguiente día su entrevista con el temible guerrillero. Pero el negro y el indio manifestaban avanzando una actitud tan indiferente, que tuvo vergüenza de parecer menos valiente que sus dos compañeros de aventuras.

Los acontecimientos, por lo demás, debían bien pronto hacer cesar su perplejidad. En la extremidad del camino que seguían apareció el río á los ojos de los tres viajeros.

Tan ruidoso espectáculo ofreció por la mañana el vado del Ostuta, como silencioso y desierto se presentó por la tarde.

No quedaban otras huellas del campamento de Arroyo, que los despojos de las maletas, los cuales se hallaban diseminados por el suelo marcado por las patas de los caballos en el lado del río en que se hallaban don Cornelio y sus dos compañeros.

— Si yo sé interpretar bien las palabras del pícaro que encontró su dolmán de su gusto — dijo Costal — nos hallamos en el camino que debe conducirnos hasta el hombre á quien buscamos y debe estar con su cuadrilla, en la hacienda de San Carlos, aunque el pícaro en cuestión pareciera haber querido tenerlo misterioso.

— ¿Y si la hacienda de San Carlos se halla ocupada por una guarnición española? — objetó el capitán.

— Pasemos primero el vado; y en seguida, mientras Ud. me esperará con Clara, yo iré á hacer un reconocimiento.

Esta proposición fué aceptada. Los tres jinetes atravesaron el río y el Indio se dispuso para alejarse.

— ¡Sea Ud. prudente, Costal — dijo el capitán. — ¡El peligro nos rodea por todos lados!

— Costal y yo, no digo que no; pero el capitán nada tiene que temer ahora que le han cortado la cabeza — agregó el negro.

Costal partió al trote largo y el capitán y Clara se quedaron solos.

Poco rato después, oyeron tras ellos pasos de caballos entre el agua del río y dos jinetes se les reunieron. Uno de ellos llevaba un voluminoso paquete en grandes alforjas de tela amarradas á la grupa de su caballo. Un breve saludo se cambió con los caminantes que pasaron adelante, cuando el capitán, con la esperanza de obtener de ellos algunos informes:

— ¿Está muy lejos de aquí la hacienda de San Carlos? — les gritó.

— Á un cuarto de legua — respondió una voz.

— ¿Nos recibirán bien allí?

— Eso, según — replicó el otro jinete con un tono cuya ironía no se escapó al capitán á pesar de la distancia. Al mismo tiempo lanzó al silencio de la noche con voz fuerte, cuatro palabras de las que Lantejas sólo oyó las últimas... *Méjico é independencia.*

— Primero dijo ¡viva! ¿No es así? — dijo el capitán.

— Dijo ¡muera! — replicó el negro.

— Ud. se equivoca.

— Yo sostengo que ha dicho ¡muera!

Y como no se atrevió á preguntar si San Carlos estaba ó no en poder de los españoles, el capitán se quedó más perplejo que nunca.

Mientras tanto transcurría el tiempo y Costal no regresaba.

— Voy á correr al galope para ver si lo encuentro — dijo el negro.

El capitán estaba inquieto por la prolongada ausencia de Costal y dejó que Clara se alejase con orden de regresar pronto si dentro de un cuarto de hora no encontraba al Zapoteca, con cuya destreza y con cuyo valor contaba para salir él mismo de líos en caso de necesidad.

Don Cornelio comenzó á contar los minutos desde el momento en que se extinguió el último ruido de las herraduras del caballo de Clara. El cuarto de hora pasó de sobra y no viendo regresar al negro, el capitán se inquietó por la soledad en que se había quedado. Para abreviar el tiempo de la vuelta de su segundo emisario,

se puso á caminar lentamente en la dirección que había seguido.

Un segundo cuarto de hora se añadió al primero; y más seriamente alarmado esta vez, el capitán iba á detenerse cuando le pareció ver ir y venir luces á través de las copas de los grandes árboles, cuyas negras siluetas descubriera de repente á una vuelta del camino.

El terreno se elevaba á algunos pasos ante don Cornelio; y cuando llegó á esa elevación, distinguió en el fondo de un valle, un vasto edificio cuyas ventanas se hallaban tan vivamente iluminadas, que parecía que el interior se hallaba entregado á las llamas.

Sobre la azotea ó techo plano del edificio, se agitaban en todos sentidos las antorchas y los hachones; y era tal la claridad que derramaban que de lejos llamó la atención del capitán y que, desde la altura en que brillaba, hería las copas de los árboles plantados en el camino, cerca de la hacienda.

Había algo tan extraordinario en aquellas luces que se veían agitar por decirlo así, en el aire; en el interior, las llamas ardientes y de diversos colores que se percibían á través de los vidrios y que pasaban del rojo obscuro al azul pálido ó al violeta lívido, cambiando á cada instante de matiz; todo aquel conjunto ofrecía tan extraordinario aspecto, que don Cornelio no se atrevió á dar un paso más.

Las supersticiones con que el Indio lo había entretenido durante todo el viaje, le vinieron de repente á la memoria; y hasta los anatemas fulminados por el obispo de Oaxaca contra los insurgentes, á quienes su famosa pastoral convertía en espíritus tenebrosos, recobraron su imperio en su turbada imaginación. De repente cambió de naturaleza el espanto del capitán.

Las volutas de llamas tan extraordinariamente coloreadas que él veía alternativamente apaciguarse y agrandarse tras los vidrios, sin que invadiesen por fuera como habría sucedido en un incendio corriente, le hicieron temer por un instante, el haber caído en un lugar maldito.

El silencio que reinaba en medio de aquella lejana escena, confirmaba más las suposiciones de don Cornelio, cuando vió entre los troncos de los árboles, que una fantasma blanca huía por la llanura.

El capitán se persignó y quedóse inmóvil en su silla, perplejo sobre si debía huir y volver á las orillas del Ostuta.